

relatos de verano

COLABORA:



f La Sombra del ciprés
 @AscSombraCipres
 @novelistasabulenses

RELATO ESCRITO POR

**JOSÉ MANUEL
BLÁZQUEZ ALONSO**

OBRAS:

Publicaciones colaborativas
 asociación: AV. Confidencial;
 Ávila a través del espejo; Ávila
 tenebrosa; Érase una vez... en
 Ávila



eaá ESCUELA DE ARTE Y SUPERIOR
 DE CONSERVACIÓN Y RESTAURACIÓN
 DE BIENES CULTURALES
 DE ÁVILA

RELATO ILUSTRADO POR

**MARTA SUÁREZ
FERNÁNDEZ**

@millum.artist



Los comedores de patatas

Aquella vez fue diferente, estaba a punto de terminar el reparto cuando el bueno de don Germán Aldecoa me hizo pasar a su casa, en el número 15 de la calle Canto de Las Ranas. Recuerdo que era viernes porque yo ya estaba pensando en el fin de semana, pero no pude rechazar su oferta. En otras ocasiones, al entregarle algún paquete me había regalado unos tomates de su huerta. De gran conversación, me solía contar historias de sus ocho odiosos vecinos. Vivir en aquel pueblo apartado, tan solo, era aburrido, y pillar a un cartero como yo, con poca tarea, era todo un chollo para un hombre rudo con ganas de charlar. Nos sentamos junto a la lumbre de leña de encina y, con un vaso de vino, comenzamos el palique. De nuevo me volvió a relatar aquella ocasión que casi llega a las manos porque, le podaron unas ramas del peral del huerto que había detrás, pegado a la tapia de un tal Eustaquio. Tuvo que intervenir hasta la comandancia de la Guardia Civil. Aunque le dieron la razón y le pidieron disculpas, don Germán no volvió a dirigir la palabra a ninguno de sus paisanos. Pocos y mal avenidos, aunque a él parecía no importarle en absoluto. Después de unas tajadas de chorizo ibérico y varios tragos de Ribera, me agarró por la muñeca y me dijo:

—No te he hecho entrar para volver a contarte historias de viejo, ¿sabes cuándo va a lanzar la NASA su cohete tripulado a Marte?

Aquello me descolocó y no supe qué decirle al principio.

—He leído el otro día en el periódico que para el 2030 quieren enviar a los primeros astronautas.

Le contesté mientras terminaba de pelar el pellejo de la buena longaniza de Valdecarras. A lo que me respondió:

—Sí, eso he leído el otro día. ¿Sabes? Aquí donde me ves, soy ingeniero agrónomo, aunque ya jubilé, y trabajé en una gran envasadora de patatas en Francia y sé bastante de ese manjar que nos hace humanos.

Boquiabierto (es un decir), con el buche lleno y ojiplálico seguí escuchando su relato.

—Para que te enteres, existen más de 4000 variedades, con nombres sonoros: Magallanes, Madeleine, Fontane, Monalisa, Desirée, Leire, Florice, Kennebec, Spunta, Red Pontiac... Después del trigo y el arroz es lo que más se cultiva en el mundo. Somos lo que somos gracias a las patatas. Cuando estuve en Perú conocí una tribu que se alimenta solo de patatas. Para medir el tiempo, su patrón de medida está fijado por la cocción de una cacerola de papas. La unidad de medida del espacio que utilizan es la «*papakancha*». Un tablero de siembra, el terreno necesario para alimentar una familia, tamaño que depende de la altura donde esté el terreno. A mayor altura una *papakancha* es 7 o 10 veces más grande que en la zona baja. Tienen una diosa gorda con forma de patata a la que llaman *mama jatha*, «la madre semilla». Los comedores de patatas, que así se se hacen llamar, beben un licor parecido al vodka y, al igual que los polacos, lo hacen con patatas, pero eso sí, con menos grados y de color blanco. Es que incluso la Tierra tiene forma de pata-

ta, si no ¿qué es eso que llaman geoide? Una patata. Y cuando alguien te dice algo que te llega al corazón, eh, ¿qué decimos?, me ha tocado la patata. Somos terrícolas patateros y por eso quiero ayudar a los de la NASA. Ellos seguro que ya tienen a biólogos, y muchos ingenieros trabajando en como cultivar patatas en Marte, pero yo tengo la única variedad que puede crecer allí. Debí notar que casi me atraganto y paró de hablar para inmediatamente levantarse e ir al salón a por algo. Volvió con una enorme carpeta azul donde empezó a buscar entre los papeles.

—Mira, esta es la foto de la *Patata Parmentier*, la he llamado así en honor del agrónomo francés que defendió la *pomme de terre* como alimento, frente a todos los que la consideraban tóxica. Es el único gabacho al que aprecio.

—¿Y qué tiene de especial esta patata? — pregunté con más miedo que vergüenza.

—Pues que apenas necesita oxígeno para crecer. Las patatas normales no podrán crecer en el suelo marciano, demasiadas sales de percloratos. El Andy Weir, ese que ha escrito un libro de cómo cultivar patatas en Marte, no tiene ni puta idea de sembrar patatas. A escardar un mes a Burgos le mandaba yo, se iba a enterar de lo que es bueno. Esta patata de color azul casi negra, es la que crece en pequeñas cuevas volcánicas de la región de Arequipa. Los comedores de patatas no la siembran porque es muy tóxica. Crece con poca agua y poca luz y con grandes oscilaciones térmicas. Tiene mucha solanina, un alcaloide amargo, aunque ellos son capaces de comerse otras muy parecidas. Tras recolectarlas las aplastan para quitar el agua y las dejan durante varias noches al aire libre, a esta altura, a más de 4000 metros se congelan. Así deshidratadas las pueden guardar hasta 10 años. Con otras de color violeta son las que hacen una pasta para la sopa y que, según la leyenda, hablan en sueños a aquellos que las roban. También siembran una con forma retorcida que sirve para saber si una novia será una buena esposa. Para ello la moza casadera debe pelar la patata de extrañas formas y sacar una monda entera como prueba de que sabrá cuidar de su marido. ¿Y te preguntarás por qué te cuento todo esto?

Yo, que estaba a lo mío, dando buena cuenta de un trozo de queso curado de oveja, casi me atraganto.

—Pues no sé, señor Germán, no sé por qué me cuenta esto a mí, yo no tengo ni idea de patatas murcianas, ni de astronautas. Por no saber, no sé ni hacer una buena tortilla.

—Ya lo sé, tú te has criado en la capital y lo más parecido a un campo de patatas que has visto, ha sido el patatal del campo de fútbol municipal embarrado. Yo te cuento esto porque tú conoces a Antonio Dolivet. El que trabaja en la Diputación y es asesor de la Junta en temas agrarios.

—¡Ah!, sí, Antonio el largo, el hijo de Matilde, la vecina de mi madre, menudo pájaro está hecho. Me quiso denunciar una vez que le dejé una carta en casa de su suegra.

—Bueno, pues a ese quiero que le pidas una reunión como si fuera para ti.

—Pero no le he dicho que casi me denuncia, no quiere verme ni en pintura. Además, ahora no vive en mi zona de reparto.

—Le llevarás una caja, un aguinaldo, un regalo como si fuera tuyo por las molestias causadas.

—A ese, yo no le doy ni los buenos días.

—Se lo llevarás porque para ti hay otra caja igual de grande, con otro tipo de viandas. —Bueno, si es así..., ¿pero por qué no va usted en persona?, siendo colegas tal vez hable con usted.

—Yo ya le conozco, es mi hijo, aunque él no lo sabe.

—¿Cómo que es su hijo?

—Sí, mi pequeño Antoine. Hace 30 años vivíamos en la región de Beauce, el trabajo en el laboratorio me alejó de Mathilde su madre y se vinieron a vivir aquí. Yo sin embargo seguí allí en *La Terre* de Émile Zola, hasta que me jubilé. Fue culpa mía, no quise saber nada de él ni de su madre. Mi vida en aquella época eran las patatas.

Enterarme de que aquel tipo estirado era hijo de don Germán, el del peral medianero, aquello sí que me dejó sin palabras.

—Él no sabe de mi existencia, mi ex mujer se lo ocultó. Con apenas un año hizo el camino de retorno. Aunque nació en Francia la familia de Mathilde, son emigrantes españoles. A los 10 años de irse, como a las patatas viejas, me empezaron a salir brotes, me arrugaba por dentro y empecé a buscarlos, quería saber qué había sido de mi hijo. No supe nada, hasta que mi amigo Paul Ilegems, un amable flamenco de Gante, me contó que había un chico español que le había pedido información para una tesis doctoral, sobre el origen del cultivo de la patata en Brujas. Fue así como me enteré que había cambiado mi apellido por el de su madre.

—¿Y por qué cree que ahora querrá hablar con usted?

—El amor a las patatas. Si él ha seguido la pista de cómo se introdujo su cultivo en Flandes, eso es que su madre, pese a todo, le inculcó el amor por los tubérculos, las solanáceas.

De nuevo don Germán se levantó y volvió al rato con una caja de madera.

—Lo tengo todo pensado desde hace tiempo, le llevarás esta caja que tiene todos mis experimentos y los descubrimientos que he hecho durante estos años sobre la *patata azul* de *Parmentier*. Él sabrá muy bien qué hacer con ello.

—Pero se lo puede enviar por otro medio, no es necesario que se lo lleve yo.

—Sí lo es, porque, además, tú le vas a traer luego aquí. Cuando él revise el material querrá saber quién es el que se lo envía, pero no se lo dirás a menos que te acompañe. Tú serás mi Federico II el Grande y, como él, sembrarás patatas en los jardines de palacio que estarán vigiladas solamente durante el día. Y al igual que hicieron los campesinos reticentes con comer patatas, intrigados arrancaron por la noche las patatas y probaron ese manjar antes exclusivo de reyes. Intrigado, sin duda mi hijo Antoine vendrá contigo. Pese a todo, él guarda en su interior un enorme cariño hacia mí. Como cuando el Ejército del Zar



Enterarme de que aquel tipo estirado era hijo de don Germán, el del peral medianero, aquello sí que me dejó sin palabras

quemaba las cosechas, pero no pudo con las patatas que estaban enterradas. Yo ya sé por mi amigo Paul, que él también me está buscando. Días después cumplí su plan a rajatabla, entregué a Antoine la caja con los tesoros herencia de su padre, cuando la abrió, la semilla de la duda ya había crecido en él. A la semana, cuando ya había repasado todos los documentos me llamó.

—Me tienes que decir quién es este genio, amante como yo de las patatas. Fue sin duda mi mejor entrega, al día siguiente llevé, «al largo», al encuentro con su pasado y su futuro. Al acabar el verano y con la primera cosecha de patatas de temporada, Antoine Aldecoa Dolivet apareció en las portadas de todos los periódicos con grandes titulares:

La NASA enviará a Marte patatas de un laboratorio español

Ingeniero español descubre la patata que acabará con el petróleo

La Patata Parmentier que alimentará a la humanidad es capaz de crecer en el desierto

Las Naciones Unidas premian a Antoine Aldecoa por su investigación con las patatas azules

A primeros de diciembre, llevé unos recibos del banco al 15 de la calle Canto de Las Ranas. Habían vaciado el buzón, ya no estaba lleno de sobres y publicidad, y dentro en la casa se veía luz en la cocina. Todos esos meses don Germán había estado viviendo con su hijo, su nuera y sus nietos y no le había vuelto a ver desde entonces. Llamé el timbre y él desde la ventana me hizo un gesto para que pasara.

—Aquí estoy pelando unas patatas. Pasa y siéntate, no tardaré mucho. Fuiste mi mensajero e hiciste muy bien el encargo, ahora soy feliz. Con mis nietos no he tenido mucho tiempo de venir por aquí y darte las gracias.

Me senté al lado de la chimenea y me fijé que don Germán estaba más contento, pero a la vez su mirada se había vuelto triste. Le noté meditabundo, tal vez por el tiempo perdido con su hijo, ya no era el mismo hombre capaz de enfrentarse a la vez a todo un pueblo y a varias parejas de la benemérita. Cuando acabó aquella tortilla de patatas, comenzó a hablar como hacía meses, como si no hubiera pasado el tiempo. Seguí contándome cómo se hizo amigo de aquella aldea perdida en el altiplano peruano. Y luego me ofreció un trozo, era el mejor que he probado jamás.

—¿Te he dicho alguna vez que Santa Teresa fue la inventora de las patatas fritas? Y no lo digo yo, lo dice mi amigo Paul el belga, el mayor experto en patatas fritas del mundo, que tiene en Brujas un museo dedicado a la patata frita.

Así seguimos toda la tarde, él contando historias y yo dando buena cuenta de la tortilla del milenio. Antes de irme me dio un abrazo y una bolsa de patatas. Era su forma de decirme que era su amigo. Nos despedimos y cuando ya estaba en el coche me gritó desde el dintel de la puerta.

—Por cierto, ¿a ti como te gustan las patatas?



COLABORA:



f La Sombra del ciprés
 @AscSombraCipres
 @novelistasabulenses

RELATO ESCRITO POR

PATRICIA VALLEJO

OBRAS:

- Novela: *Elisa y Ariel*

ea3 ESCUELA DE ARTE Y SUPERIOR
 DE CONSERVACIÓN Y RESTAURACIÓN
 DE BIENES CULTURALES
 DE ÁVILA

RELATO ILUSTRADO POR

MARTA SUÁREZ
FERNÁNDEZ

@millum.artist



Año nuevo, vida nueva

Tengamos la fiesta en paz, mamá.

- Como sigas haciendo el tostón así... ¡claro que vamos a tener la fiesta en paz! De hecho, no va a haber ni fiesta porque nos vamos a quedar sin comida. Y con lo caro que está todo en estas fechas, hija. Da pena tirar comida.

- ¡Pues como todos los años, mamá! Si sobra algo lo comemos mañana, o lo merendamos. O lo cenamos si hace falta.

Todos los años igual. No me deja respirar. Va detrás de mí de un lado a otro de la cocina, revoloteando a mi alrededor. Estorbandando más que ayudando. Ni que se creyese que soy una niña que no sabe hacer nada.

- Mamá, ¿dónde has puesto los platos? Los de la vajilla buena.

- En el mismo sitio que los dejases tú la Navidad pasada, solo vienes a casa por Navidad. Yo no toco nada el resto del año, así que donde los dejases tú.

Se enfurruña y sale de la cocina maldiciendo entre dientes, pero tan pronto como sale vuelve a entrar y se pega a mi espalda como una lapa. Si es que todos los años igual. Yo, por más que abro y cierro armarios y cajones, no encuentro nada de lo que quiero.

- No sé por qué te empeñas en seguir viniendo, —sigue refunfuñando entre dientes, como si fuese la voz de mi conciencia—, mejor cada uno en su casa y Dios en la de todos.

- ¡En algún sitio tienen que estar! ¡Así que ayúdame por una vez!

- ¿Y por qué quieres la vajilla buena? ¿Va a venir este año Emilito?

- Hace cinco años que nos separamos, mamá —digo yo suspirando porque veo que vamos a tener la misma conversación de cada fin de año.

- ¿Os habéis separado?

Respiro tan hondo como lento para intentar mantener la calma. La situación me exaspera. Ya no sé si la demencia la tiene ella o la tengo yo.

- Mamá, por favor.

- Pregúntale a tu padre y déjame a mí en paz!

Salgo de la cocina quitándome el mandil de mala manera y tirando el trapo contra la encimera. La dejo ahí, al lado de los fogones. Espero que por lo menos tenga cuidado de que las patatas a la importancia no se quemen y que deje tranquilo al tostón en el horno.

Mi padre, como de costumbre, está en el sofá. Con las piernas cruzadas y las gafas caídas sobre la nariz mientras lee una de esas novelas de Marcial Lafuente Estefanía. Por lo menos ha tenido el detalle de encender las luces en el árbol y en el belén.

Cuando llamo su atención él solo me mira de reojo, sosteniendo una mirada de desdén por encima de las gafas. Después levanta el best seller que está leyendo, como si con el gesto quisiera decirme que está en la mejor parte. Así que vuelvo por donde he venido. Mi madre ya no está en la cocina así que me toca buscarla por toda la casa. Doy con ella en su habitación, está sacando vestidos del armario. Tirando los descartes sobre la silla y dejando con cuidado sobre la cama los seleccionados.

- ¿Qué estás haciendo, mamá?

- Pues, ¿no es Nochevieja?, ¿qué quieres?, ¿qué cene con la ropa de estar por casa?

Sucumbo a su mirada de súplica y le ayudo a elegir un vestido negro de manga larga y con abalorios dorados alrededor del pecho.

- ¿Y tú no te vas a cambiar de ropa? Esos vaqueros están demasiado viejos. Y el jersey tiene pelusas.

- Solo es una noche más, mamá. Como otra cualquiera.

- Como otra cualquiera no. Ahora ayúdame a maquillarme, pero déjame natural. Nada de colores chillones.

Sin más remedio saco del primer cajón de la cómoda el colorete, el rizador de pestañas, el lápiz de ojos y un estuche pequeño de sombras marrones. Ella se sienta en el borde de la cama y cierra los ojos levantando las cejas todo lo que puede. Yo me siento en la silla frente a ella y empiezo por dar color en los párpados.

- Hija, después de las uvas tenemos que ir corriendo a la cocina para llenar un vaso de agua y tirarlo después por el balcón. Para que nos traiga suerte y empezar el año con buen pie.

- Eso no son más que bobadas, mamá.

- No, hija. Lo han dicho en la tele, en el programa de Jorge Javier.

- Estate quieta, por favor. Que si sigues hablando te voy a dejar maquillada igual que a un payaso.

El horno pita cuando he terminado de ponerle un ligero rubor en las mejillas. Ella abre los ojos llena de alegría y, seguramente, regocijándose por dentro cuando se mira en el espejo. Salimos de la habitación cogidas del brazo. Mi padre ya está sentado a la mesa. No sé dónde la habrá encontrado, pero la vajilla buena está reluciente y esperando que se llenen los platos con la misma cena de Nochevieja desde que tengo uso de razón. En la cocina abro una botella de Ribera del Duero y me sirvo una copa sin que me vean. Diría que es para catar el vino, pero a veces necesito ese toque de madera en mi garganta.

Tengo que hacer varios viajes desde el salón a la cocina para llevar el tostón, el vino, el pan y las patatas. Pero me conformo con verlos felices y sonrientes una vez al año. Mi padre ya ha servido el vino cuando vuelvo. Y mi madre está empezando a repartir la ración de tostón y patatas para cada uno; en la tele hay un programa de humor que ni miramos.

- Aparto también un poco para cuando llegue Emilito, que se lo voy a dejar metido en el microondas por si se retrasa.

- Mamá, por favor...

- A mí, el Emilito ese, no me ha gustado nunca para ti —dice papá.

- ¿No te gustaba? Pues era un chico maravilloso, bien atento.

- ¡Calla, mujer! Si se separaron hace varios años.

Mi padre coge su copa de vino y la levanta en alto invitándome a hacer lo mismo, después se inclina hacia mí para susurrarme al oído.

- Tu madre no se acuerda porque ya no estaba aquí, no se lo tengas en cuenta.

- ¡Menudo este!, ¿cómo que ya no estaba? ¡Si no me he ido nunca a ningún sitio!

- Tú no te has ido a ningún sitio, pero el Emilito ese sí, con una cualquiera. Si es que nunca me gustó ese muchacho.

- ¡Papá! ¿Tú también? Por favor.

- Perdona, Julia, querida. Cuéntanos mejor qué tal te ha ido este año. Que tenemos que aprovechar antes de que empiecen las cam-

panadas, que ya son más de las diez. No sé qué habéis estado haciendo este año, pero ahora es demasiado tarde. ¿Has preparado ya la lista de propósitos para el año nuevo?

La lista de propósitos, dice este. Otro que cree que soy una niña pequeña que se piensa que por anotar en un papel que voy a ir al gimnasio todos los días para bajar de peso, que voy a dejar de tener más vicios que virtudes, o que voy a intentar tener un puesto mejor en el trabajo voy a ser más feliz. Las listas de propósitos no sirven de nada, solo se apunta lo material y lo que sabes que no vas a cumplir en el año que empieza. Esas listas solo valen para empezar con mal pie; para reconcomerte en la ansiedad de no cumplir esos objetivos inviables. No sirven porque no se puede recuperar lo importante, que es lo único que yo apuntaría. ¿Va a ser diferente en algo este año del anterior? Desde luego que no.

Mi propósito sería vivir en una cena de Nochevieja eterna. Ver cada día la casa decorada con guirnaldas y espumillón. Cenaría cada noche aguantando los reproches de no venir más a verlos; soportaría de buena gana los comentarios sobre lo maravilloso que era Emilito, incluso participaría en ellos.

- No he pensado nada, papá. Esas cosas a mí no me van. Que venga lo que tenga que venir y ya está.

- ¡Ay, hija! Qué poco te pareces a mí. No apuntes nada si no quieres, pero lo de tirar el agua por el balcón lo vamos a hacer. Dame ese caprichito al menos.

- Se parece a ti más de lo que crees. ¿No has visto lo crispada que estaba antes buscando los platos? Tú hacías igual, todo tenía que estar perfecto, como si nos fuese a visitar el mismísimo Rey, aunque luego estuviésemos nosotros tres solos.

- A ti también se parece: en lo dejados que sois. Ninguno os habéis cambiado de ropa.

- La ropa solo es ropa, mujer. Ahora, hija, el tostón te ha quedado muy rico. Bueno, las patatas también.

- No me extraña, ¡es mi receta!

- A ti te quedaba todo más rico, mamá.

- Mirad la hora que es, chicas. Ya está Ramón García desde la Puerta del Sol, si es que este año se nos ha hecho tardísimo. No sé qué habéis estado haciendo este año, de verdad.

- Habrá que preparar las uvas —digo yo levantándome de la mesa y empezando a recoger.

- Id vosotros, yo preparo las copas con el oro dentro, que eso da buena suerte.

Papá viene detrás de mí ayudándome a recoger. Ya en la cocina lo primero que hace es darme un fuerte abrazo que siento como si fuese el primero desde hace años.

- ¿Estás bien, cariño?

- Todo está igual que siempre, papá.

Yo saco de la nevera el racimo de uvas, aparto tres montones de doce y las empiezo a pellar. Él prepara los platillos donde las va colocando según las pelo.

- Te veo diferente al año pasado, hija.

- Todo está bien, papá. Solo es que las navidades me ponen triste, ya lo sabes.

- Tienes que hacer tu vida, hija. Olvidarte del Emilito ese y olvidarte de nosotros. Te emperran en seguir viniendo... pero cada vez te veo más triste.

- Las navidades siempre se tienen que pasar en casa, papá.



Las listas de propósitos no sirven de nada, solo se apunta lo material y lo que sabes que no vas a cumplir en el año que empieza

Con eso doy por zanjada la conversación. Salgo de la cocina llevándome las uvas al salón. Mamá ha puesto su alianza en mi copa y el anillo de prometida en la suya. Papá, cuando llega, primero nos sirve la sidra a nosotras y luego pone su alianza en la copa antes de servirse. Ramonchu ya está en la tele con la capa charra diciéndonos que no confundamos los cuartos con las campanadas.

- ¿Has preparado los vasos de agua?

Mamá me mira con los ojos inyectados en súplica así que no me queda más remedio que asentir. Ella me da un beso fuerte en la mejilla y yo me sobrecojo por dentro. Papá se da cuenta y me coge la mano apretándola con todas sus fuerzas. Las campanadas empiezan. Din. El principio del fin. Dong. Tan pronto como tomamos la primera uva suena la segunda alarma. Din. Y a mí no me da tiempo a contener la calma. Dong. Si es que todos los años igual, lo bueno es efímero. Din. Las lágrimas empiezan a asomar y la mandíbula toma su propia marcha. Dong. Mamá también me aprieta fuerte la mano y ahora ninguno toma uvas. Din. A la cuarta se me agolpan los recuerdos de los días felices y ya no puedo contener más la lluvia. Dong. Mamá coge la servilleta e intenta limpiarme las lágrimas. Din. Papá se levanta. Dong. Viene hacia mí y me susurra que ya me lo había dicho. Din. Mamá le manda callar. Dong. Echo de menos todo lo que antes odiaba. Din. Todo lo que no dije, me arrepiento de eso. Dong. De las palabras no dichas. Y de no vivir. Din. Maldito año nuevo. Y maldita Nochevieja. Dong. Cada campanada duele más que la anterior. Din. Cuando las emociones se agolpan viene la lluvia. Dong. Siempre llueve en fin de año. Din. Ya casi es la hora. Dong. Voy a empezar el año exactamente igual que el año anterior. Din. Sola. Sin ellos. Dong. Mamá me abraza, papá también. Din. La vida transcurre en un abrir y cerrar de ojos. Dong. Y yo no estoy viviendo la mía.

«¡Feliz Año Nuevo a todos!». Escucho a Ramonchu de fondo.

Año nuevo por fin. Pero es tan sobrecogedoramente parecido al anterior que parece que no se ha cambiado la hoja en el calendario. Quizá tenga que ir a la cocina para arrancarla y romperla en mil pedazos para que algo cambie esta vez. Papá me da un beso en la frente, mamá hace lo mismo y me dice que sea fuerte. Entonces se desvanecen y la casa se queda vacía. Igual que los platos. Vacíos de comida, pero llenos de recuerdos de cuando éramos una familia. Un año más, o un año menos. Lo que no cambia es que sigo sola y que siempre llueve en Nochevieja. Sola, otra vez.

Las navidades no son felices. Cuando maduras están llenas de ausencias y recuerdos. Recuerdos agriados porque te hacen estar feliz y triste a la vez. Quizá ese sea el significado de la melancolía.

Un día estás y, de repente, al otro no. Así que quizá mi padre tuviera razón. Mi propósito para el año que viene debe ser vivir.